

PERDONA SI TE

LLAMO CAJETANO

RAQUEL TIRADO FERNÁNDEZ

Primera edición: febrero de 2023

ISBN: 9798371463029

© de la obra: Raquel Tirado Fernández

© de la corrección: Myrian Giordano

© de la cubierta: Celia Añó

© de las ilustraciones interiores: Celia Añó

© 2023, Raquel Tirado Fernández

abracadabrant.es

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley.

Hoy le decía a una amiga que, en mi opinión, lo mejor del amor es que nos debería hacer mejores, más buenos, más valientes, más generosos, más atentos si no para qué.

Margot Rot

A quienes admiran el arte urbano de Valencia.

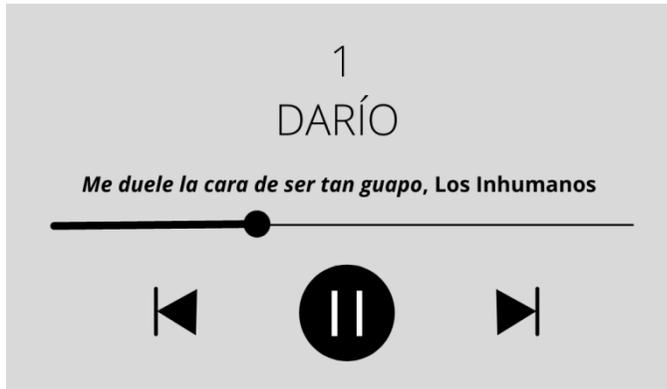
*A Marina y a Lucía, que me han enseñado todo lo que sé
sobre «amor», grafitis y piercings en el pezón.*



Escucha aquí la banda sonora de

PERDONA SI TE LLAMO CAVETANO

PARTE 1



Wa shubi dubi du.

La ropa está extendida encima de mi cama deshecha: una camisa blanca con el cuello un poco abierto, los vaqueros negros con las rodillas agujereadas y el pañuelo anaranjado que me pondré solo si encuentro el valor. Camino en calzoncillos por toda la habitación, bebiendo un trago tras otro de vino. Y mientras tanto: *Wa shubi dubi du. Wa shubi dubi du waa waa*. Esta canción me recuerda a mamá, a aquella vez en la que, en mitad de la noche, me desvelé y fui a la cocina a por un vaso de leche, y la encontré bailando mientras preparaba el desayuno. Yo era solo un niño, pero verla así, tan alegre, tan tranquila, con una libertad propia de quien disfruta de su soledad... me hizo feliz a mí también, casi como si hubiera presenciado un milagro. Para mí, la canción significa eso: es un milagro que compartimos ella y yo.

Doy un nuevo trago de vino amorrando directamente de la botella que agarro por el cuello, y me inclino frente al espejo de la habitación para mirarme a mí mismo a los ojos y decir:

—*Me duele la cara de ser tan guapo, me duele la cara de ser tan guapo...* —Lo repito tantas veces que las palabras han dejado de

tener sentido y siento ganas de peinarme un tupé y enfundarme en una chaqueta de cuero.

Sigo cantando mientras doy saltos hasta la cama para ponerme los pantalones y la camisa. *Wa shubi dubi du wa.*

—*Al espejo me miré y me excité mogollón* —canto de nuevo frente al espejo, abotonándome la camisa y bebiendo a la vez (de milagro no me mancho).

El tiempo avanza así, en una coreografía improvisada, hasta que el teléfono interrumpe mi música para sonar descontroladamente. Son cerca de la una y media de la mañana. Doy un nuevo trago a la botella antes de poner el iPhone en manos libres y escuchar a Pelayo al otro lado de la línea.

—¿Estás seguro de que no nos meteremos en un lío? —su voz suena a una mezcla entre asustado y compungido, y me hace sonreír.

—Seguro —alargo la o hasta el infinito.

—¿Has bebido? —pregunta.

—*Wa shubi dubi du* —canturreo a modo de respuesta—. De verdad, tío, ni te rayes. Tú ponte guapo y vente a mi casa enseguida. Juro que tenemos los carnés falsos más auténticos que se han fabricado jamás.

—Bueno, casi cuatrocientos pavos nos hemos gastado en ellos... —comenta Pelayo.

—El dinero es una construcción social, colega —replico yo.

—Ja. Ja. Ja. Porque no pagas tú. —Suspira él—. En fin, ya sabes lo que dice mi padre: «Si tienes que delinquir, por lo menos que no te pillen».

Viniendo de un hombre que estafa a Hacienda sistemáticamente, me tocará creerle.

—Amén. ¿Te has vestido ya?

—Sí, sí. Ya estoy fuera de casa y todo, esperando el Uber —dice Pelayo—. Pero, joder, tío, estoy superrayado. ¿Y si nos encontramos a alguien de clase? ¿O a algún conocido de nuestros padres?

—¡¿A quién vas a encontrarte en una discoteca como Desengaño?! De verdad, tío, deja de darle vueltas a todo ya.

—En fin —resopla—. Da igual. Me subo al Uber, Darío. En cinco minutos estoy en tu casa.

—Okay —digo antes de colgarle. La música vuelve a sonar invadiéndolo todo, pero ya no surge el mismo efecto en mí.

Me termino la botella y me pongo los zapatos para salir de la habitación. Pelayo y yo llevamos meses planificando esta noche: conseguir carnés falsos con los que ocultar nuestros diecisiete años es difícil, desde luego, y convencer a mi amigo de hacer cualquier cosa que le parezca moralmente reprochable lo es todavía más. En mi clase, casi todo el mundo tiene un carné de identidad falso, y el resto no lo necesita porque su apellido les permite meterse en la discoteca que les dé la gana. Pero nosotros no queríamos ir a ninguna discoteca con la gente de clase porque ya es suficiente con aguantarlos en el instituto.

Y en Desengaño, una discoteca con Drag Queens y toda la pesca, pues ya sería mala suerte encontrarme a alguno de ellos.

Bajo las escaleras dando saltos, y casi me caigo de morros al resbalar por el pulido y encerado suelo de casa. Prácticamente me deslizo hasta la cocina, donde pretendo tirar la botella de vino al contenedor de vidrio, pero me quedo de piedra al encontrar a Ricardo en pijama, apoyado contra la encimera con un vaso de leche en la mano y mirándome con detenimiento.

Ricardo es el marido actual de mi madre, y no es que sea mal tío, pero tampoco es mi persona favorita en la faz de la Tierra.

—Pues ya veo dónde está mi Château Camou Chardonnay. —El hombre trata de imitar el acento francés, y mi yo borracho aprecia su esfuerzo—. ¿Te vas ahora de fiesta?! —Mira el reloj y finge que le escandaliza que sean casi las dos de la mañana—. ¿Quieres que te lleve a algún sitio?

—No, descuida, cojo prestado a tu chófer... —Sonrío.

—¿Te va a llevar Daniel? —pregunta, refiriéndose al hombre que lo lleva siempre de un lugar a otro en el trabajo—. Tú sí que sabes, chaval.

—Sí, hablé con él ayer. ¿Te importa?

—No, qué va, para eso le pagamos. —Suspira—. Pásatelo muy bien, ¿vale? Y no bebas de más. Y a la vuelta llamas a Daniel también, ¿de acuerdo? O me llamas a mí. Lo que quieras, pero no vuelvas solo.

El hombre se acerca a mí para darme un abrazo a modo de despedida, pero yo lo esquivo en un acto de contorsión para tirar la botella a la basura.

—Adiós —concluyo apresuradamente—. Mamá imagino que estará durmiendo... Pero, bueno, si se preocupa o algo, dile que estoy bien. Pelayo me está esperando. Y gracias por el vino...

El perro de mi hermanastra Jimena, un labrador blanco y gigante, aprovecha ese momento en el que abro la puerta de casa para despedirse de mí dándome un lametón en la cara. Se llama Óscar, el labrador, digo, porque Jimena es así de *especialita*. A él sí que le devuelvo el gesto cariñoso y lo abrazo con fuerza, aunque después me arrepiento, porque me ha llenado la camisa de pelos.

Cuando atravieso la puerta hasta el jardín delantero de casa, las luces se encienden y me permiten ver a Pelayo vestido con traje azul celeste y camisa blanca. Lleva el flequillo de lado y las gafas pegadas al rostro, y balancea el brazo con efusividad para indicarme que salga.

Yo apremio el paso para acercarme a él.

—Tío, ¿de verdad vamos a ir en ese coche? —pregunta Pelayo sin decirme buenas noches ni nada.

Está hablando del coche de empresa de Ricardo, que es un Volkswagen Golf R de color gris. No soy el típico chico que se fija en si un coche es bueno o es malo, pero queda claro que este es del primer tipo: me entran ganas de cerrarle la boca a Pelayo porque se le ha quedado abierta.

Dentro del coche ya nos está esperando Daniel, que no aparta la vista del frente.

—Cómo se porta tu padrastro, ¿eh, tío...? —comenta mi amigo, y yo asiento con la cabeza y me apresuro a subir al coche con él—. No nos hará muchas preguntas, ¿no? —añade después en un susurro.

—Que no vamos a atracar una residencia de ancianos, Pelayo. No estamos haciendo nada malo —respondo—. Muchas gracias por llevarnos, Daniel.

—No hay de qué. Vamos a la calle... Rosaura López. Al parque, ¿no? —pregunta.

—Sí, gracias.

El trayecto hacia la discoteca transcurre en un pestañeo en el que Pelayo y yo bebemos un cubata de vodka y zumo de limón, o lo que sea que él haya echado en la botella. Daniel, el chófer de mi padrastro, cumple eficientemente su misión y no abre la boca hasta dejarnos en nuestro destino, que no es la puerta de la discoteca, sino

un parque en el que varios grupos están haciendo botellón. O quizás sí que comenta algo, pero, sea como sea, yo no lo escucho.

—Lláname cuando quieras que te recoja —dice el hombre una vez que para el coche, y yo me despido haciendo un saludo con los dedos contra mi frente, que no tengo muy claro de dónde me he sacado.

—Muchas gracias por llevarnos —añade Pelayo, y me siento muy orgulloso de él al comprobar que no ha derramado ni una pizca de alcohol sobre la tapicería del vehículo.

Abrimos las puertas y el frío de la noche me golpea en la cara haciendo que me abrace a mi abrigo. Pelayo debe pensar lo mismo que yo porque se amorra a la botella que ha traído consigo. Arrugo la nariz. Joder, qué asco. En la lejanía escucho la canción *Dónde está mi gente* de J Balvin que se reproduce en el teléfono de alguno de los chavales que están haciendo botellón delante de nosotros.

—Podríamos entrar directamente en la discoteca, ¿no? —pregunta Pelayo—. Ya son casi las dos de la mañana.

Yo asiento, a mí tampoco me apetece nada hacer amigos en un parque como este, así que ambos nos encaminamos hacia la discoteca, colocándonos en el final de una cola de personas inquietas, botas que golpean el suelo y tacones de aguja altos como rascacielos.

—Debería haberme puesto otra cosa... —comenta Pelayo, colocándose bien las gafas que se han deslizado por el puente de su nariz—. Este traje es demasiado llamativo.

—Créeme, no eres lo más llamativo que hay aquí.

—Entonces, ¿por qué me mira todo el mundo?

—¿Quién te está mirando?! ¡Nadie te está mirando, tío! Tranquilízate... —exclamo, exasperado.

Pelayo resopla, dando un nuevo sorbo a su botella.

—Tío, tienes que dejar ya la botella. No podemos entrar con alcohol.

—Que sí, mamá... —Suspira Pelayo. Cuando quiere, es capaz de sacarme de quicio.

No ocurre nada más a reseñar en los diez minutos que pasamos en la cola. O quizás sí. Dos chicas se acercan para pedirnos fuego, bueno, esto no es espectacular. Y sí, una tercera viene también y le dice a Pelayo que está guapísimo con ese traje. Mi amigo se sonroja hasta las cejas, y los dos empiezan a conversar hasta que Pelayo dice que es un traje de Ralph Lauren, que le ha costado 3.500 pavos y que, como se manche, su madre lo matará. Por supuesto, la tía que se ha acercado se asusta y decide marcharse. Va a ser que restregarle a alguien en la cara el dinero que tienes no es la mejor manera de ligar.

Y de pronto ya estamos ahí, listos para entrar, con nuestras sonrisas más tirantes, los ojos brillando de la emoción y enseñando nuestros carnés de identidad falsos como quien va a la revisión de un examen esperando que el profesor lo apruebe por pena. Y el profesor, en este caso el segurata, nos aprueba por pena. No, no es por pena, de verdad que los nuestros son los carnés falsos más auténticos que se han fabricado jamás.

Aunque nadie en la discoteca se inmuta cuando atravesamos las puertas, yo dejo escapar un suspiro ilusionado. En el fondo de la sala hay cuatro Drag Queens dejándose la piel con cada canción. Delante de ellas, en la pista de baile, la gente vitorea y trata de seguir la marcha bailando sin mucho ritmo. Quien no baila se besa con alguien, y todo son gritos y risas y copas que se derraman, y algún que otro llanto porque es ley de vida que alguien pierda el teléfono

móvil en una discoteca. Quizás es porque estoy borracho, quizás es porque llevo mucho tiempo sin salir de fiesta, pero juro que lo veo todo con un filtro de purpurina.

Echo la cabeza hacia atrás y miro el techo que está lleno de pegatinas fluorescentes que imitan las estrellas del cielo. Intento contarlas, pero, cuando llego a la número veinte, el cuello ya me duele una barbaridad y me doy cuenta de lo imbécil que parezco.

No sé si es por el alcohol, por las estrellas del techo o por el calor que emite la gente a mi alrededor, pero siento que estoy ardiendo. Mi cuerpo entero pesa demasiado, pero a la vez soy ligero como una pluma. Es como si una parte de mí mismo estuviese intentando desprenderse del resto. Yo qué sé. Es rarísimo.

Wa shubi dubi du, wa shubi dubi du waa waa.

¿Está sonando la canción solo en mi cabeza? Porque parece real... Joder... Es real. ¡Es real!

—Voy a por una copa —dice Pelayo, pero yo lo cojo del brazo y lo freno antes de que pueda moverse.

—¡No! —grazno—. ¡No te puedes ir! ¡Tío! ¡Esta es la canción! ¡Es la canción que estaba escuchando en casa! ¡Es mi canción!

Quiero gritar o aullar de puro júbilo.

—¿Qué dices? —pregunta mi amigo.

—Ven. Vamos a bailar. Luego te pido lo que quieras... pero tienes que venir a bailar conmigo.

Lo arrastro hasta el centro de la pista de baile, esquivando codazos y chocando mis hombros con quien se interpone en mi camino. Él se queja, se retuerce, pero llegamos hasta el centro y yo empiezo a dar saltos y a brincar como si estuviese en una cama elástica.

Me duele la cara de ser tan guapo... Aprovecho para coger la cara de mi amigo y apretarle los mofletes, y él se deja contagiar enseguida por mi ilusión y me agarra de los hombros, y los dos seguimos bailando y saltando en círculos y dando mucho por saco a quien tenemos al lado. Pero ¡es que me da igual! ¡Todo me da igual! ¡Han puesto mi canción! Estoy en la cima del mundo.

Pasamos así dos minutos y treinta segundos hasta que la voz de Los Inhumanos se deshace y es reemplazada por la de Rosalía. No sé qué canción es, nada de lo que dice la cantante tiene mucho sentido. Aunque igual soy yo, que no soy muy fan.

—Darío, el alcohol... —murmura mi amigo, que tiene el rostro empapado de sudor y el flequillo pegado a la cara.

—Que sí, pesado, que te acompaño... —digo, y ambos volvemos a abrirnos paso entre el gentío hasta alcanzar la barra.

Una vez ahí, Pelayo intenta interactuar con el camarero, que pasa bastante de sus clientes y está en plena charla con un grupo de chavales sentados en una esquina.

—¡Hola! ¡Perdona! —reclamo la atención del camarero que finalmente se vuelve para mirarme: tiene los ojos marrones enormes y brillantes, y el cabello repleto de trenzas—. Mi amigo quiere pedirte algo.

—¡Sí! ¡Te quiero pedir algo! —exclama Pelayo, trabándose con sus propias palabras—. O sea, no, yo te quiero pedir alcohol, claro.

Creo que los chavales que hablaban con el camarero nos han escuchado porque se ríen un poco, haciendo que Pelayo se hunda en sus propios hombros.

—¿Qué me quieres pedir? —pregunta el camarero.

—Ron con cola, por favor —dice mi amigo.

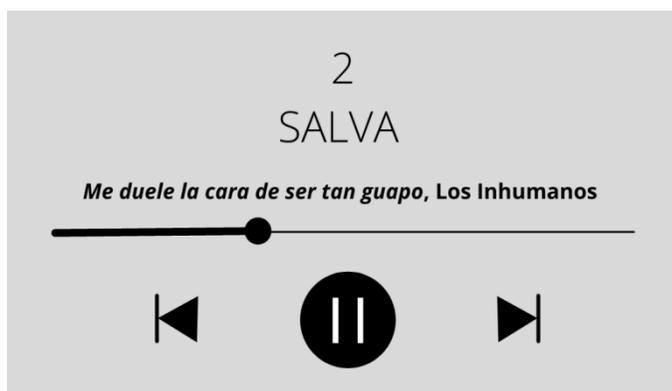
—Marchando un ron con cola. —El camarero muestra una bonita sonrisa, y yo me dejo caer en la silla frente a la barra, esperando a que el tío nos sirva, cuando, de pronto, me doy cuenta de que alguien me mira.

Es uno de los chicos con los que hablaba el camarero. Está sentado al lado de una muchacha morena con el pelo negro largo hasta debajo de los pechos, vestida con una camiseta blanca pegada al cuerpo (no lleva sujetador y se le marca un *piercing* en el pezón derecho), la ceja rapada por un lado y tres pendientes en la nariz (dos aros, uno en cada lado, y el tercero a modo de *septum*). Parece que la chica me fulmina con la mirada. O tal vez no sea a mí, sino a Pelayo, que inclina su cuerpo por el interior de la barra para ver qué botellas hay tras ella. No es la macarra esa quien me preocupa, sino el chico que está a su lado y que le agarra la mano con fuerza. Sí, un chico. Un chico que me mira con los ojos abiertos como platos, como si tuviese delante a un fantasma.

Su rostro me llega a trozos, como piezas desordenadas de un puzle que aún no consigo resolver. Su ceja rapada por un lado, su corte de pelo tipo *mullet*: ya sabes, con los bordes rapados, pero el flequillo y otras partes del cabello más largos, y un lunar encima del labio que resalta con más fuerza que el resto de sus pecas y brilla más que su cadena plateada.

Por fin lo reconozco, como si no llevase unos cinco años sin verlo. Creo que a él le pasa lo mismo, porque le estruja con más fuerza la mano a su amiga, y yo empiezo a sentir que el corazón se me desborda en el pecho.

—¿Salva? —pregunto por fin.



Mi amigo Jonathan lleva trabajando en la discoteca Desengaño solamente tres semanas, y ya nos ha colado a todos dos veces, invitándonos siempre a copas. Sé que es cuestión de tiempo para que lo despidan, no solo por eso, sino porque de verdad que no es el típico chico que pueda trabajar en un bar: el chaval siempre da conversación y tiene una sonrisa encantadora, pero pierde la concentración enseguida y le cuesta muchísimo acabar tareas que son simples en apariencia.

Pero, bueno, aquí estamos, apoyándolo en su aventura como camarero y aprovechándonos un poco de la situación. Raisa, Isaac y yo nos hemos sentado en una mesita redonda a su lado, sobre todo para avisarle cada vez que llega algún cliente. Aunque ahora nos hemos quedado todos en silencio, fascinados por el espectáculo de Drag y bastante quemados de las horas que hemos pasado bailando.

Acaban de poner *Me duele la cara de ser tan guapo*, Raisa se me ha quedado mirando y ha dicho, sin pronunciar palabra: «Es tu canción». Ni siquiera eso me ha dado el impulso suficiente para salir a bailar.

—Estoy agotado —digo, apurando mi cubata y agarrando el de Isaac aprovechando que él no mira.

—¡Será posible! Y lo dices tú, yo tendría que estar estudiando para el examen del miércoles... —murmura Raisa.

—Dejad de quejaros ya, pequeños saltamontes —protesta Isaac—. Jonathan nos ha invitado con todo su buen corazón y nos ha ofrecido alcohol gratis... Espera, ¿me acabas de quitar la copa, Salva?

Resoplo.

—No te preocupes, si ahora voy a por una. —Dirijo mi mirada hacia la barra en la que Jonathan sigue trabajando.

Millònaria, de Rosalía, empieza a sonar, y entonces lo veo. Hay un chico de cabello rubio y corto que viste camisa blanca, pantalones vaqueros negros rasgados por las rodillas y un pañuelo anaranjado en el cuello. A su lado, otro chico con el traje azul celeste y gafas redondas trata de comunicarse con Jonathan. El rubio no mira al de gafas, tiene la vista clavada en mí.

El chaval entrecierra un poco los ojos, abre la boca y mueve los labios para decir: «¿Salva?».

Es mi nombre. Ese es mi nombre.

Es él. Joder, tiene que ser él.

—¿Darío? —pregunto, y después agarro a Raisa de la mano—: Dios mío, Raisa, es Darío.

Estrecho la mano de mi amiga y me pongo de pie, casi corriendo hacia la barra para mirar al chico rubio de cerca, pues necesito asegurarme de que estoy delante de una persona real, y no un producto de mi imaginación.

—Eres Darío, ¿verdad? —insisto.

—Y tú eres Salva —confirma él.

—Joder, cuánto tiempo. Bua, ¡qué guay! ¡Qué bien verte! — Busco a Jonathan con la mirada—. Jona, hermano, ¡es Darío! ¿Te acuerdas de Darío?

Jonathan se acerca a mí y aprovecha para servirle la copa al chico de traje azul celeste.

—Sírreme una igual a mí también —pido.

—Y a mí —añade Darío abriendo su cartera para pagar las copas.

—No, no hace falta que pagues nada, si el camarero es colega mío. Ven, ven, voy a presentarte a mis amigos que seguro que se acuerdan de ti —decido, agarrando a Darío de la mano y cogiendo la copa con la otra.

Jonathan abandona su puesto de trabajo para seguirnos a los dos a la mesa donde está Isaac, así que es posible que esta sea su última jornada laboral en Desengaño.

Los seis acabamos sentados alrededor de la mesa, y mis amigos miran con detenimiento a los recién llegados.

—¿No os acordáis de él? —pregunto, y ellos niegan con la cabeza.

—Yo tampoco me acuerdo de vosotros. —Darío clava la vista en su copa.

—Pero de mí te acuerdas, ¿verdad? —inquiero, mirándolo a los ojos casi con desesperación.

—Sí, sí que me acuerdo —confirma, y después meneas la cabeza—. Bueno. Pues me presento. Yo soy Darío y este es Pelayo.

Al escucharlo, Jonathan casi se atraganta de la risa.

—Joder, Pelayo, qué putada. —Y ese comentario le gana un codazo de parte de Raisa.

—Encantada de conoceros a los dos. Me llamo Raisa.

—Yo, Jonathan —se presenta el otro, aún riendo.

—Y yo soy Isaac —añade el último—. Somos todos colegas de Salva. ¿De qué os conocéis?

—Eso, ¿de qué os conocéis? —inquire Pelayo (que sí, menudo nombre, pero no habrá que recordárselo al pobre chaval), y bebe un sorbo de su copa.

—Del colegio —responde Darío, bajando la cabeza un poco, como si estuviera avergonzado o algo.

—¡Y tanto! ¡Del colegio y de más cosas! —Estoy tan contento que soy incapaz de contenerme—. Fue mi vecino hasta... ¿los once años? ¿Doce? Si yo a Darío le he visto hasta la polla.

—¿Pero qué mierdas dices? —Darío ya no parece avergonzado, sino mosqueado.

—¿No te acuerdas? —Después miro a Pelayo, porque seguro que no conoce esa anécdota y es graciosísima—. Tu amigo y yo queríamos ganarnos el respeto de unos chavales de un curso más, así que le gastamos una broma a nuestro profesor de Plástica y nos meamos en la puerta de su coche.

—¿En serio? ¡Mola! —No le conozco, pero sabía que esa sería la reacción de Pelayo.

—Lo malo fue que tuvimos un error de cálculo y nos equivocamos de coche.

—¡Yo no he hecho eso nunca! —exclama Darío, robándome el protagonismo.

—Es la broma más cutre y lamentable que he oído en mi vida —comenta Jonathan—. Además, los buenos amigos se ven las pollas, si no, no son buenos amigos ni son nada.

—¿Pero qué dices ahora? —pregunta Isaac, también confundido, y después clava la vista en Darío—. Pero sí, como vandalismo, da

toda la pena del mundo. Bueno, sea como sea, parece que llevas mucho tiempo sin ver a Salva.

—Cinco años... —murmura él—. Y ya me estoy arrepintiendo un poco, ¿eh? Que quiero decir, ha estado bien verte y ya, fin. Lo mejor será que nos vayamos... —Ahora mira a Pelayo y después sigue bebiendo.

—No, no, esto hay que celebrarlo —dice Jonathan—. Yo te invito a lo que quieras... aunque visto lo visto no te hace falta. Y bueno, id a bailar o haced algo, ¿no? Lleváis una hora aquí apalancados ya. Joder, que yo me tengo que quedar en la barra, que si no...

—¿Trabajas aquí? —pregunta Pelayo mirando a mi amigo con fijeza.

—Sí, claro, si te he servido una copa hace un momento... —Jonathan sonríe—. Madre mía, cómo vas, chaval... Y, además, de qué si no habría dejado que estos dos se colasen siendo menores. —Y coloca sus brazos por encima de mi hombro y del de Raisa, con lo que yo me tambaleo un poco (debe ser cosa del alcohol, madre mía, cómo voy yo también).

—¡Nosotros también somos menores! —exclama Pelayo—. ¿Quieres que te enseñe mi carné falso? Me ha costado un riñón, pero es una preciosidad.

—Colega, déjalo ya. —Darío tira del brazo de su amigo, que por poco no se tropieza y derrama la copa en el suelo—. Venga, sí, vamos a bailar o lo que sea.

—¿A qué instituto vais, entonces? —exijo saberlo.

—Al Germán Otálora.

—Joder. —Y casi me atraganto. Le pierdes la vista a una persona durante unos años y acaba convertido en alguien tan pijo que va al

instituto Otálora. Solo espero que debajo de esa camisa no oculte una pulserita con la bandera de España...

—Bueno, ¿queréis bailar o qué? —Raisa rompe el silencio.

—¡Claro que quiero bailar! —Pelayo se deja llevar por la música porque empieza a mover los brazos con una carencia de ritmo que resulta de lo más tierna.

Durante las diez canciones siguientes es como si el tiempo no hubiese pasado entre Darío y yo, como si nos moviésemos en una línea vital alternativa: él jamás ha abandonado el barrio en el que nos criamos y no estudia en el instituto privado más elitista de la ciudad, sino que es mi compañero de clase, mío y de todos los demás.

En esas diez canciones bailamos pegados, separados, nos encaminamos a la barra para seguir bebiendo y seguir hablando y, cuando la música es demasiado alta, él se acerca a mi oído para decirme lo que sea que me tenga que decir, y a mí se me ponen los pelos de punta. Joder. ¿Siempre ha sido tan guapo este chico? Sus ojos azules brillantes, su pelo rubio cenizo, esa nariz redonda y respingona... y baila bien. Baila muy bien.

Raisa, que se mueve a mi lado, me hace una pregunta, pero yo no la escucho porque no puedo dejar de mirar a Darío, y mucho me temo que me acabo de empalmar. Qué vergüenza. Me acerco a la barra a por otro cubata y, antes de que pueda darme cuenta, tengo al chaval a mi lado, pidiendo algo para él también.

—¿No crees que tenemos mucho de lo que hablar? —le susurro, acercándome a su oído.

—Supongo que me gustaría hacerte algunas preguntas. —Puedo respirar su aliento a alcohol.

—¿Quieres que vayamos fuera?

—Sí —responde Darío con rapidez—. Espérate que me acabe esto.

Delante de mí y detrás de la barra, Jonathan me hace un gesto de aprobación con la mano. Aprovecho para acabarme mi copa a la velocidad de la luz. Empiezo a sentir algo nauseabundo en mi interior, pero es aplacado por la adrenalina del momento cuando Darío y yo nos encaminamos a la salida de la discoteca.

En el exterior nos reciben un cielo oscuro iluminado por las farolas y un frío de tres pares de cojones.

—Joder, estoy helado —comenta Darío—. Ven, vamos a sentarnos ahí, detrás de ese coche, que seguro que el motor nos da algo de calor.

Me entra la risa.

—¿De qué te ríes? —pregunta el chico dándome un codazo.

—No sé, me parece muy surrealista todo esto... El haberte encontrado aquí, quiero decir. ¿Cómo has acabado convertido en un pijo que viste ropa cara y va al Otálora?

Darío arruga la nariz antes de responderme.

—Bueno, mi padre murió. —Me parece escucharlo tragar saliva—. Eso ya lo sabes. Y, al cabo de un tiempo..., mi madre conoció a un señor asquerosamente rico y se enamoraron —explica.

—O sea que eres el hijo de la Cenicienta —concluyo, ganándome un nuevo golpe en el estómago.

—No seas imbécil —dice Darío—. Pero, bueno, el señor rico y mi madre se casaron, nos mudamos a su casa y pasamos a formar parte de su familia.

—¿Te ha sido difícil hacerte a esta vida de lujos que llevas ahora? —pregunto—. Porque menudo cambio.

—No. —Él no tarda en responder—. A lo bueno se acostumbra uno pronto. Aunque tengo que decir que hay algunas cosas que echo de menos: el colegio, la gente... A veces echo de menos el barrio y todo. Casi parece que fue un sueño...

—Ohhh —canturreo—. Si sigues teniendo tu corazoncito.

Darío sonríe.

—¿Y tú? —pregunta.

—¿Yo qué?

—Pues que si me has echado de menos.

Mi cuerpo entero ha empezado a vibrar como si hubiese sentado el culo en un altavoz que pone música tecno con toda la violencia.

—Pensaba que no —admito, y él hace un puchero—... Pero, cuando te he visto antes, en la discoteca, ahí me he dado cuenta de que sí. Te he estado echando de menos todo este tiempo.

Te he echado de menos cada segundo. Los ojos azules de Darío brillan tanto como para eclipsar la luz de las farolas, y yo desearía que me permitieran verlo por dentro... porque así sería capaz de saber si merece la pena abalanzarme sobre él y darle un beso. Un beso. Joder, se me hacen incontenibles las ganas de besarlo. Me acerco un poco a él y mi mano derecha roza la suya, pidiéndole permiso, y él la mira y después a mí, y sigue sin decir nada.

—No te imaginas las ganas que tengo de besarte —digo, exhalando una bocanada de aire.

Me parece que lo pillo por sorpresa, porque Darío clava la vista en el suelo y a mí me aterra haberlo incomodado. No me gustaría reencontrarme con mi mejor amigo de la infancia, tanto tiempo después, solo para lograr que salga corriendo.

He quedado tan anclado en el hilo de mis pensamientos que no me doy cuenta de que ahora él me coge también la mano, que ya no

hay aire corriendo entre nosotros y que, joder, me está besando, me está besando.

Darío ha agarrado mi cintura con las manos mientras yo tengo las mías en su cara, que aprieto contra la mía con fuerza. Lo beso en los labios, llenándome de alcohol y de sudor, y de olor a vómito y a pis propio de una calle como esta. Él me besa en la mejilla y en la nariz, y parece buscar algo que no encuentra porque sigue llenándome de babas toda la cara. Mi cuerpo busca su cuerpo; mi erección, su erección, y desearía que el mundo desapareciese a nuestro alrededor porque solo así me sentiría realmente libre. Libre para hacer todo lo que quiero hacerle.

Pero sigo besándolo: en el agujero que ha dejado su camisa abierta justo en su cuello, en el pelo, en el lóbulo de la oreja, en esas manos ásperas, en la cara y otra vez en los labios. Y con los dientes le arranco el pañuelo que lleva en el cuello porque empieza a resultar un estorbo.

Dejo que él me bese también a mí: que me acaricie el pelo, que se agarre a él, que se ría al meter el dedo en el hueco que hay en mi ceja y que siga estallando en carcajadas no sé ni por qué. Dejo que coloque su mano en el bolsillo trasero de mi pantalón, que rompa el espacio, que haga que me deslice y baje el torso hasta rozar el suelo.

Dejo que me muerda la oreja, que enganche sus labios en mis pendientes, y no me asusto cuando él gime y dice:

—Amor.